



El sol, el pozo y la balanza

Tres imágenes elementales para hablar de Dios,
la creación y la vida eterna

Pedro Fernández Castelao

Lección inaugural
del curso académico

2025/2026



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA



Pedro Fernández Castelao

EL SOL, EL POZO Y LA BALANZA.
Tres imágenes elementales para hablar de Dios,
la creación y la vida eterna

Lección Inaugural del Curso Académico 2025-2026
de la Universidad Pontificia Comillas

Pronunciada el 3 de septiembre de 2025



2025

© Universidad Pontificia Comillas

ISBN: 978-84-7399-185-8

Deposito Legal: M-16307-2025

Edita: Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Secretaría General

Imprime: R.B., S.A.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN: LAS TRES PETICIONES DEL CARDENAL COBO	5
1.1. El valor y la densidad de las palabras	5
1.2. No ceder a la polarización	9
1.3. Un nuevo lenguaje sobre Dios	10
2. RECIBIR COMO NIÑOS	11
3. EL SOL INFINITO	13
4. EL POZO INFINITO	17
5. LA BALANZA INVERTIDA	24
6. PALABRAS FINALES	29

«No hay comparación posible
de las cosas terrenas con Dios,
pero la debilidad de nuestra inteligencia
obliga a buscar algunas imágenes
de las cosas inferiores
que puedan servirnos de indicio
de lo que son las cosas superiores,
de modo que con el estímulo de las cosas
que por costumbre nos son familiares
podamos ser llevados,
a partir de la experiencia de nuestro pensamiento,
a la idea de aquello
que no acostumbramos a experimentar»
(Hilario de Poitiers)

1. INTRODUCCIÓN: LAS TRES PETICIONES DEL CARDENAL COBO

El 6 de septiembre de 2023, en la Eucaristía de comienzo del curso, al final de la homilía, el entonces arzobispo, hoy cardenal de Madrid, don José Cobo, nos pedía a toda la comunidad universitaria tres cosas. Tres cosas, a mi juicio, no sólo muy relevantes, sino también con un gran potencial para transformar profundamente nuestra labor docente e investigadora y para dotar de un mayor alcance a nuestra ineludible responsabilidad social.

1.1. El valor y la densidad de las palabras

En la primera nos instaba a *recuperar el valor y la densidad de las palabras con un ejercicio riguroso del pensamiento.*

Los lazos que nos unen a quienes formamos parte de una comunidad universitaria están tejidos con la urdimbre del lenguaje. Estamos llamados a ser artesanos de la palabra y tenemos en ella nuestra materia prima. La incidencia de una universidad en la sociedad se juega en la generación de

pensamiento y, sea cual sea nuestra disciplina, las clases, los artículos y los libros se hacen siempre con lenguaje articulado.

Por eso nos pedía el entonces arzobispo que no cayésemos en la tentación de pensar que lo que decimos, lo que enseñamos o lo que investigamos no tiene valor. Que las palabras se las lleva el viento. Que da igual afirmar una cosa o su contraria. De hecho, nos animaba a que no cediésemos ante una concepción meramente superficial del lenguaje, ignorando su capacidad para crear, configurar y hasta curar la realidad que habitamos. Se atribuye a Gorgias de Leontinos una frase que bien podría haber firmado Victor Frankl, el fundador de la logoterapia: «el poder de la palabra en relación con los asuntos del alma está en la misma relación del poder de los medicamentos en relación con los asuntos del cuerpo».

Y es que vivimos en un tiempo —la posmodernidad— que, en la práctica, corre el riesgo de olvidar que las palabras con las que nombramos el mundo no son meros sonidos lanzados al aire, no son inútiles *flatus vocis*, sino potencias demiúrgicas que generan modos de leer la vida y de orientar (o desorientar) la existencia. Son creadoras de realidad (también de mentira) y hasta artífices de la misma entidad de nuestra biografía.

Dice el poeta Víctor Herrero, profesor de la facultad de teología: «criaturas vulnerables, vamos al idioma como una cría al regazo de su madre, habitamos la intemperie, el desierto de aire de la vida, y las palabras son luciérnagas en la oscuridad»¹.

Cuando un bebé, en los umbrales de la conciencia, en el alba de su despertar al mundo, rompe el cascarón del silencio y emite sus primeros balbuceos, asistimos, de alguna manera, a una nueva y prometedora configuración del universo. Porque el mundo se crea por la palabra, porque es la palabra la que pone orden en el caos y llena con su plenitud el vacío de la nada.

De un modo similar, pero en sentido contrario, cuando un político promete en vano, cuando afirma hoy una cosa y mañana lo contrario, cuando miente, insulta o amenaza percibimos cómo se generan negras nubes de desconfianza, tensión y polarización.

¹ V. HERRERO, *La balanza*, Libros Canto y Cuento, Jerez, 2023, p. 73.

En un pasaje sublime del NT se confiesa la primacía del verbo cuando se dice: «en el principio era el *lógos*, y el *lógos* estaba con Dios, y el *lógos* era Dios» (Jn 1, 1). Un verbo creador, generador de vida y existencia, pues también se afirma: «todo llegó a existir por medio de él; sin él no se hizo nada. Lo que ha llegado a existir en él era vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad no logra sofocarla» (Jn 1, 3-5). No se trata de un *lógos* genérico, impersonal y abstracto. No estamos ante la vaporosidad de una idea o la frialdad de un principio general. El *lógos* creador tiene el rostro cálido de Jesús de Nazaret y es, por ello, principio máximo de singularidad personal e individuación genuina. Como los balbuceos de los bebés que los padres recuerdan toda la vida.

De igual forma que las bailarinas anónimas de un gran ballet son únicamente figuras en movimiento para quien, desde lejos, las contempla sin conocerlas, así, las cosas del mundo permanecen en la indiferente oscuridad de lo ignorado hasta que son iluminadas por la precisión del sustantivo y el brillo del nombre propio. Y es que las realidades que forman el mundo no existen en rigor hasta que la magia de la palabra le franquea el paso a la existencia. A la existencia concreta. A esa existencia única y particularísima que Duns Escoto llamaba *quidditas*, es decir, «estidad», cualidad propia de ser esto y nada más que esto, a saber: singularidad insobornable.

Así pues, por medio de la palabra —de esa palabra engendradora de vida, belleza y armonía— el niño crea su propio universo de cosas concretas y también su propio yo único y singular, pues aprender a decir la realidad que nos circunda es la forma de aprender a decirnos a nosotros mismos.

Probablemente nadie supo mejor que Sócrates que habitamos en nuestros discursos y nos hacemos a nosotros mismos en nuestros diálogos, de modo que, querámoslo o no, en todo aquello que afirmamos o dejamos de afirmar, nos las vemos siempre con el tribunal de la verdad, el bien y belleza. El tribunal de la autenticidad que sostiene y juzga al mundo.

He aquí, pues, la gran pregunta implícita en la primera petición del cardenal: ¿estimamos el valor de la verdad y honramos como se debe a las palabras que la transparentan o manipulamos el lenguaje a nuestro antojo, oscureciendo el bien y la belleza —como los sofistas, los políticos y

los publicistas— a fin de crear una interesada y equívoca ensoñación que nos oculte lo que verdaderamente son las cosas y la naturaleza auténtica de nuestro yo?

Siempre me ha inquietado ese verso de una canción del *Cuarteto de Nós* —inimitable grupo de rock uruguayo— que, evocando lejanamente a Óscar Wilde e, incluso, al anillo de Giges de la *República* de Platón, afirma: «dale una careta a un hombre y verás quien realmente es».

De todas las imposturas que han triunfado en la historia reciente del pensamiento ninguna me parece tan desafortunada como la llamada «posverdad». Cuando censuramos las palabras gruesas de un político que, en sede parlamentaria, ha perdido las formas y ha denigrado a su adversario, no decimos que ha dicho palabras «posbellas», sino feas, maleducadas, zafias e impropias.

¿Por qué, entonces, hemos de llamar «posverdades» a las manipulaciones deliberadas de la realidad que apelan a las emociones y a las creencias con el fin de influir en la opinión pública a través de bulos, rumores y noticias falsas?

Hablemos de mentiras. Simple y llanamente de mentiras para referirnos, por ejemplo, a aquellos gobernantes autoritarios que camuflan una invasión de otro país y una guerra abierta en Ucrania bajo el eufemismo de una «operación militar especial». O a esos otros dirigentes políticos que, tras defenderse legítimamente de una atrocidad terrorista sin justificación posible, quieren ahora ocultar el horror de una masacre desproporcionada en la franja de Gaza, tildando de antisemita a quien osa poner el más mínimo pero.

Mentiras, no «posverdades». Dice el escritor judío, Amós Oz, que el mal tiene un olor inconfundible y su comisión pone a todo ser humano ante el tribunal insobornable de su conciencia personal. También, cabría añadir, ante el tribunal de Dios y el de la historia. Y es que, así como el mal es el enemigo del bien, también la mentira —no la «posverdad»— es la antagonista indiscutible de todo lo bueno y verdadero que encontramos en el espacio tiempo e incluso más allá de él.

Por eso, monseñor Cobo nos exhortaba a llamar a las cosas por su nombre, a recuperar el valor y la densidad de las palabras con un ejercicio

riguroso del pensamiento y a no dejarnos embaucar por artimañas de confusión y falsedad.

Y es que las malas cosas comienzan siempre con malas palabras. Por eso nos pedía que no perdiésemos jamás el gusto por la belleza de las ideas profundas y la limpia solidez de los conceptos. Y es que también en el pensamiento se ejercita la caridad, pues los buenos conceptos y las buenas ideas nos ayudan a pensar más y mejor, es decir, con horizontes más amplios y mayor grado de precisión y, por tanto, a obrar con esa lucidez de la que sólo el amor —que siempre gusta del matiz y del detalle— es capaz.

Que no se nos olvide, pues, que el lenguaje es creador y guardián de la realidad y siempre nos condiciona, para bien o para mal, en todo lo que hacemos con ella.

1.2. No ceder a la polarización

La segunda cosa que nos pedía el arzobispo de Madrid era *cultivar un clima de diálogo y encuentro, evitando en todo momento la crispación, la polarización y la violencia.*

Reconozcamos que todos nos sentimos mucho más a gusto con las personas que piensan como nosotros que con aquellos que opinan distinto. Es lógico. Es lo normal.

No obstante, intentar comprender al diferente, esforzarse por entender su punto de vista y, aún sin lograrlo, respetar su derecho a ver las cosas como las ve es, precisamente, el verdadero reto de la convivencia y la paz social. Sobre todo, porque cultivar un talante de escucha profunda con la opinión que nos desagrada, de apertura sincera a las razones que nos contrarían, de serenidad y equilibrio en el intercambio de pareceres es el único camino que jamás nos hará olvidar que nuestro interlocutor no es un enemigo, un animal, una bestia, sino nuestro prójimo.

Tengo para mí que desde la Guerra Civil nunca hemos estado tan cerca, en la vida pública de nuestro país y hasta en Europa, del peligro de la deshumanización del adversario. La caricatura obscena, el sarcasmo y el escarnio han sustituido al humor sano y legítimo, la rabia a la contención y la legítima

fidelidad a unas determinadas ideas se ha transmutado en cerril y futbolera obcecación que, más allá de la nobleza del deporte rey, sólo desea la propia victoria y la derrota del enemigo, aunque sea incluso injustamente.

Con preocupación y con pena hay que reconocer también que este clima de enconada polarización ha inundado el interior de la Iglesia. Del papa Francisco se han dicho auténticas barbaridades y su reforma ha sido malinterpretada de forma grosera incluso por cardenales que públicamente han puesto en tela de juicio su ortodoxia. En esta última década, algunos portales de internet se han dedicado exclusivamente a un ejercicio sistemático de desinformación y calumnia que sólo ha causado confusión y grave daño en la comunidad eclesial. También lo han intentado con el cardenal Robert Prevost, muy poco antes de comenzar su pontificado como León XIV.

Triste y lamentable ha sido también ese esperpéntico episodio de presbíteros declarando en tono jocoso que rezaban por la pronta muerte de Francisco. Triste, lamentable y preocupante, pues todos sabemos que no son casos aislados, sino la punta visible de, al menos en España, un gran iceberg de simpatías sumergidas y agazapadas que se refuerzan soterradamente en su otrora oposición al papa. Y es que la polarización corroe la palabra, retuerce la verdad y desquicia a la razón.

Crispación, división, agresividad y enconamiento. Contra esto nos advertía monseñor Cobo para que no cedamos, en ningún momento, a la tentación de dejar aflorar lo peor que todos llevamos dentro.

Debemos apostar por el diálogo, el encuentro, el entendimiento, la serenidad, la reflexión cabal y la resistencia, porque la única manera de hacer frente al mal es esforzarse denodadamente en no reproducirlo.

1.3. Un nuevo lenguaje sobre Dios

La tercera cosa que nos pedía el cardenal era que buscásemos *una nueva forma de hablar de Dios*. En esta tercera petición convergen, a mi modo de ver, las dos anteriores.

Y es que, si hay algo que, en primer lugar, exige *recuperar el valor y la densidad de las palabras con un ejercicio riguroso del pensamiento*

es atreverse a pensar y decir la inasible e inefable realidad de Dios. Porque ante Dios se agotan todas las palabras. Todas se conmueven y enmudecen. Todas se retiran. No hay ninguna que se baste a sí misma y pueda reclamar para sí la corona de la significación completa. No hay concepto, idea o narración que pueda proferir y aprehender a Dios enteramente.

Por eso se nos invita a la aventura de inventar nuevas formas de evocar, de hacerlo presente, de descubrir el carácter inagotable de su realidad infinita.

Es evidente que esto sólo puede hacerse, en segundo lugar, si previamente cultivamos *un clima de diálogo y encuentro, evitando en todo momento la crispación, la polarización y la violencia*. Para pensar bien a Dios necesitamos una respetuosa atmósfera de silencio, de paz, de fraternidad, de oración, de serenidad, de diálogo y encuentro, de profundidad y sosiego, en la que todos nos confesemos pequeños aprendices de una sabiduría superior e inconmensurable que a todos nos desborda.

Es a esta tercera cuestión a la que quisiera dedicar esta lección inaugural: a *un modesto intento de imaginar y soñar la realidad de Dios, la existencia del ser humano, la configuración del mundo y la esperanza de la vida eterna* con la ayuda de algunos símbolos, evocaciones, analogías e imágenes de carácter muy sencillo y elemental que nos ayuden a dar una primera respuesta, siquiera provisional, a la petición del cardenal.

2. RECIBIR COMO NIÑOS

Comencemos evocando un pasaje neotestamentario en el que Jesús de Nazaret resalta, indignado, una cualidad especialmente significativa en los niños. En Mc 10, 13-15 podemos leer: «Le llevaban niños para que los acariciara, pero los discípulos los reprendieron; pero, al verlo, Jesús se indignó y les dijo: dejad a los niños acercarse a mí, no se lo impidáis, pues el reino de Dios es de los que son como ellos. En verdad os digo, el que no reciba el reino de Dios como un niño, de ningún modo entrará en él».

Para entrar en el reino de Dios, para formar parte del círculo de Jesús y contarnos entre sus discípulos, tenemos que recibir su anuncio como niños.

¿Qué puede significar esto? ¿Acaso se nos invita a abdicar de nuestra consolidada madurez? ¿Se nos exige una imposible regresión en el tiempo o un ridículo proceso de infantilización?

No. El texto pone el acento en el verbo «recibir». No se trata de volver a ser un niño, sino de recibir la predicación de Jesús *como reciben las cosas los niños*.

¿Y cómo reciben las cosas los niños?

Por lo pronto, con los ojos fascinados y admirados ante la expectación de lo que atrae su interés. Con asombro, apertura, inocencia, sencillez, facilidad, confianza y alegría. Con ese alborozo de quien todavía no ha sido endurecido por la vida. Con el entusiasmo y la ligereza de quien, en su interior, es atraído por la magia del juego y la ilusión de la imaginación.

¿Será posible que, como un nuevo nacimiento, podamos revivir a una segunda inocencia que nos introduzca en ese sencillo y jovial lenguaje con el que Jesús hablaba de Dios y de su reino? ¿Recibiremos su predicación como los niños?

Quien cree que ya lo sabe, lo ha leído o lo ha pensado todo o casi todo; quien cree que la vida ya no tiene nada que enseñarle; quien está firmemente convencido —como Qohelet— de que *ni hay ni puede haber nada nuevo bajo el sol*, se encuentra incapacitado para recibir la deslumbrante limpieza del amor de Dios que nos transmite Jesús con su mensaje.

Con la nariz taponada no podemos oler el perfume de las flores. Con un fardo a las espaldas no podemos alzar el vuelo. Ataviados con una armadura no podemos acariciar a nadie. Con una cristalización rígida y una pesada sedimentación de nuestro yo somos incapaces de recibir ningún tipo de buena noticia sobre Dios ni de abrirnos a la aventura de un nuevo lenguaje sobre él.

Y es que a veces nos tomamos a nosotros mismos —a nuestros trabajos, a nuestros estudios, a nuestros conocimientos— demasiado en serio y nos falta esa oxigenante ligereza y esa capacidad de reírnos de todo que sí vemos en los niños. Estamos saturados, condicionados en exceso por nuestro pasado, henchidos de nuestros saberes y de nuestros logros personales y académicos. Tal vez nos puede la ambición. ¡Incluso de Dios creemos ya saberlo todo y por eso desconfiamos de cualquier cosa que, en su

simplicidad, pueda resultarnos desacostumbrada! ¿No nos pasará, a veces, como a los maestros de la Ley coetáneos a Jesús? Hombres esforzados, estudiosos y entregados. Pero demasiado rígidos con la letra, endurecidos en su cintura, estrechamente obsesionados por detalles insignificantes y ciegos, en definitiva, a la verdadera y holgada sabiduría del Salvador.

Tenemos que desnudarnos modestamente y decrecer con humildad para hacer posible ese nuevo nacimiento que recupere la libertad de espíritu y la flexibilidad de mente con la que nacen los niños. Tenemos que recuperar sus ganas de jugar y divertirse y acoger y recibir las cosas como vemos que ellos hacen. Tenemos que recobrar el sentido del humor, la capacidad de sorpresa y la posibilidad del asombro para redescubrir el lugar de la verdadera hondura: el pequeño reino de lo cotidiano, lo sencillo y lo ordinario.

3. EL SOL INFINITO

Gracias a las autoridades de esta universidad he tenido la fortuna de poder dedicar algunos años de mi vida a pensar y escribir sobre el infinito². Aún no he terminado, pues de haberlo hecho es evidente que no habría tratado verdaderamente con la realidad del infinito.

Lo que sí puedo confesar es que una de las cosas que más me ha sorprendido en esa investigación es la confusión y mezcla entre lo sencillo y lo complejo.

Muchas personas creen que la cuestión del infinito es complejísima, que no hay forma de comprender nada en relación con él ni de sacar nada en limpio de ahí, porque, por definición, el infinito es incomprendible. De hecho, afirman que solo comprendemos aquello que abarcamos y que no podemos abarcar el infinito, precisamente, porque carece de cualquier tipo de límite. Por eso siempre se nos escapa.

Permítanme decirles que nada de esto es rigurosamente cierto. No hay nada más sencillo que la idea de infinito. Es una noción innata en todos

² P. CASTELAO, *Morfología del infinito. Un nuevo fundamento filosófico para la antropología teológica*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2023.

nosotros y, no bien despertamos a la conciencia, la comprendemos y la manejamos perfectamente desde nuestra más tierna infancia.

No hay niño ni niña que, viendo cualquiera de las cuatro entregas de *Toy story*, tenga alguna dificultad para entender qué quiere decir *Buzz Lightyear* cuando grita, ufano: «¡hasta el infinito y más allá!». Ningún padre ni ninguna madre ha tenido jamás que sentarse con sus hijos para explicarles, echando mano de Aristóteles y de Hegel, qué significa eso del infinito y más allá.

De hecho, los niños y nosotros mismos vemos fácilmente el infinito siempre que, por ejemplo, en determinados ascensores, nos encontramos situados entre dos espejos cuyas imágenes se reiteran sin fin recíprocamente.

O cuando ellos entran y salen, salen y entran y vuelven a entrar y a salir en esas divertidísimas puertas giratorias que se encuentran en las entradas de algunos hoteles o centros comerciales.

En un giro circular que nunca cesa o en una línea recta que carece de final, con nada estamos más familiarizados desde pequeños que con la realidad del infinito. Tal vez, pueda ser algo más complejo preguntarse por los modos, por los tipos, por las formas diferentes del infinito filosófico, matemático o teológico. Pero no es eso lo que nos ocupa ahora, porque no es bueno que la variedad de los árboles nos impida contemplar la innegable evidencia del bosque.

Retengamos, únicamente, que de Dios decimos que es infinito y reconozcamos, también, acto seguido, que nadie sabe qué significa, con absoluta exactitud, que Dios sea infinito.

Sí sabemos lo que se quiere evitar cuando se le califica así: Dios no es una realidad objetivable, definible, manipulable que pertenezca al mismo mundo y al mismo orden de realidad en el que nosotros vivimos. Es *lo otro* del mundo. Es aquello que el mundo *no es*. No podemos pensar nada más allá de Dios, porque Dios es el *más allá* de todo.

Nos equivocáramos, no obstante, si nos dejamos llevar unilateralmente por la fuerza de esta absoluta trascendencia. Porque Dios no es una realidad extraña al mundo, ajena a la creación, exterior al universo. Trascendencia no es distancia, sino otro orden de realidad. Y justo por

ser *otro*, ese orden es lo máximamente próximo, lo insuperablemente íntimo, la realidad oceánica y atmosférica, envolvente y penetrante, en la que, como bien dijo Pablo, *vivimos, nos movemos y existimos*.

Por eso decimos que Dios es infinito, porque no se identifica con ninguna realidad del mundo y porque nada de lo que hay en el mundo le es ajeno.

Para ver todo esto con más claridad, fijémonos ahora, por un instante, en la luz del sol y pensemos si la claridad y la sencillez del astro rey nos pueden servir, de alguna manera, para evocar, como si fuéramos niños, la realidad de Dios.

Y es que el sol irradia, calienta e ilumina sin límite ni interrupción en todas las direcciones del universo. Y lo hace en virtud de su propia naturaleza, es decir, debido a las múltiples reacciones termonucleares que acontecen en su interior. Es pura energía calorífica y lumínica en continuo estado de incandescente combustión. El sol ilumina y calienta a todos los planetas que orbitan a su alrededor. Y respecto a la Tierra posibilita incluso la existencia de la vida con el fenómeno de la fotosíntesis que se encuentra en la base de la cadena trófica.

¿Y si en la relación que tiene el Sol con nuestro planeta tuviésemos una analogía de la relación que Dios tiene con la creación? ¿No podríamos buscar por aquí algún indicio de una forma nueva —y bien antigua, por cierto— de hablar de Dios?

En el versículo ocho del capítulo cuarto de la primera carta de Juan se afirma: «*ho Theòs agápe estín*», Dios es amor.

No se dice, *Dios ama*, sino Dios es amor, es decir, Dios *consiste en ser amor*.

El amor no es, pues, algo que Dios tiene o que Dios hace, sino que se identifica con su propio ser que supera los límites de cualquier forma de ser. No concebimos el calor y la luz del sol como algo diferente de lo que el propio sol es en sí mismo. El sol consiste en ser luz y calor.

Analógicamente, lo mismo sucede con Dios. No es que Dios ame pudiendo no amar —como si también pudiese ser odio— sino más bien que su propia esencia, su realidad más íntima, la realización más genuina de su propia divinidad no es sino la misma naturaleza del amor más pleno.

Esa es la realidad inasible de Dios. En eso consiste su ser inefable. En ser amor puro, infinito e insuperable. Pero no ¡ay! como la limitada y finita incandescencia del sol que un día llegará a su fin, sino como una hoguera de amor perfecto y eterno que jamás se extinguirá, pues, de lo contrario, no podría ser verdadero amor de Dios.

No es el amor humano el que nos da la clave para comprender el amor divino. Es al revés. Es el amor divino el que ilumina y esclarece la naturaleza amante del ser humano.

Todos lo sabemos por propia experiencia. Los amores del mundo, aún los mejores y más puros, son volubles y arrastran siempre el peso de un egoísmo innato que, por débil que sea, nunca acaba de morir. Bajo las estrellas, el amor —como nosotros— nunca es perfecto, inmaculado y sin doblez. Por eso, el amor de Dios, es decir, el amor que Dios mismo es, debe ser infinito, perfecto, eternamente incandescente e insuperable en luminiscencia y calidez.

Lo vio muy bien Anselmo de Canterbury cuando afirmó que la idea de Dios y la idea de «aquello-mayor-que-lo-cual-nada-puede-ser-pensado» son sinónimas e intercambiables, puesto que remiten a la misma realidad. Remiten a algo infinito e interno a ellas mismas, pues lo que mienta la idea de Dios o la idea de *id quo maius cogitari nequit* no es externo a las palabras que lo evocan, sino que habita simultáneamente en su interior como la ostra en su concha.

De igual forma que cuando escuchamos la melodía de un ruiseñor sabemos que estamos en presencia del pajarillo, aunque no lo veamos, también con la mera enunciación del nombre de Dios nos situamos ante la realidad infinita del creador, aunque nadie lo haya visto jamás.

Creo que aciertan quienes, con Filón de Alejandría, Clemente, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno, Agustín, Dionisio, Juan Damasceno y Juan Escoto Eriúgena —por nombrar sólo algunos autores del primer milenio— confiesan hoy la infinitud de Dios y, sobre todo, nuestra primigenia y espontánea naturalidad con ella. Y es que nacemos —como ya señaló Descartes— con la noción de infinito y no podemos no tenerla. Y lo más curioso es que esa noción, en su infinitud, es completamente heterogénea a nuestro mundo y, al mismo tiempo, absolutamente afín a la totalidad de nuestra naturaleza.

Es posible que todavía haya entre ustedes quien se resista a aceptar que conocemos el infinito y reitero que no podemos comprenderlo, que se nos escapa, que es más grande que nosotros y que, en rigor, no se puede tener aquello que ni se agarra ni se abarca.

Debo insistir en que creo que no es así. Y es que al conceder que *concebimos* el infinito como inabarcable, incomprehensible y siempre mayor que cualquier límite que le podamos poner, es justo por eso, *en esa concesión*, cuando nos damos cuenta de que lo conocemos, precisamente, tal y como es, es decir, conforme a su auténtica y verdadera naturaleza de infinito, a saber: en cuanto incomprendible, inagotable e inabarcable. Por eso el infinito es infinito y a nosotros se nos muestra tal cual es.

Llamo a esto la *teofanía especulativa* de Dios en su idea³. Unas palabras algo complejas para un pensamiento bien simple. Y es que la realidad de Dios comparece en la dimensión cognitiva de nuestro ser en nuestra innata capacidad de concebir el infinito. Y no porque el infinito defina a Dios, sino porque nos manifiesta su carácter esencialmente indefinible⁴.

De igual forma que no hay vida en la Tierra sin la luz del sol, tampoco hay conocimiento de la *infinitud finita* del ser humano sin esa *absoluta infinitud de Dios* que siempre la antecede. El sol envuelve a la Tierra con su luz y su calor. De modo similar podemos imaginar que envuelve a todo el universo el eterno e infinito amor de Dios.

4. EL POZO INFINITO

Pensemos ahora en el ser humano y el mundo en su relación con la infinitud incandescente de Dios.

³ P. CASTELAO, *La visión de lo invisible. Contra la banalidad intrascendente*, Sal Terrae, Santander, 2015.

⁴ Tiene razón W. Pannenberg cuando sostiene que la idea de lo infinito todavía está muy por debajo del contenido propio que posee la idea de Dios, pues, para adecuarlas, habría que nutrir a esta con el carácter personal y libre que caracterizan al Dios de la revelación bíblica. Sin embargo, no es menos cierto que, sin la idea de la verdadera infinitud, los atributos personales del Dios de Jesucristo corren el riesgo de asumir formas antropomórficas que, por superación, hay que evitar.

Si he utilizado la sencilla y elemental imagen del sol para aproximarme analógicamente a la relación que Dios puede tener con sus criaturas, permítanme ahora aludir a la realidad de un pozo.

Sí, de un pozo cualquiera con su brocal, su arco o su viga horizontal, con su cubo, su cuerda y su polea.

¿Y para qué? Pues para figurarnos la realidad del ser humano y también la del mundo.

Cuando al matemático y filósofo Georg Cantor —el descubridor de los números transfinitos— le preguntaron cómo imaginaba un conjunto infinito afirmó: «me imagino un conjunto como un abismo»⁵. Es conocido el salmo 42, 8 que, en la traducción de la Vulgata, afirma: «abyssus abyssum invocat». El abismo que es el ser humano invoca al abismo que es el propio Dios⁶.

Todos los seres humanos tenemos una identidad propia, intransferible, única y singular. Tenemos una *quidditas* muy especial que nos hace inconfundibles al ser las personas irrepetibles que efectivamente somos. Hemos recibido una determinada herencia genética, nuestra madre nos ha enseñado una lengua en la cuna, hemos crecido en una sociedad y en una determinada cultura, hemos personalizado creencias, conocimientos y valores, habitamos en el seno de una particular visión del mundo. Somos quienes somos y, aun habiendo crecido en el mismo hogar que nuestros hermanos, tenemos nuestro propio carácter y nuestra singular forma de experimentar la vida. Somos los protagonistas de nuestra biografía. Y esto atañe no sólo a los hechos externos que pueden consignarse en datos empíricos, perceptibles y verificables, sino también a ese continente sumergido que es nuestra vida interior, el recóndito trasfondo de nuestro espíritu.

A esto llamo *el brocal de nuestra existencia*. Al perímetro biográfico que delimita el pozo de nuestro yo con un perfil perfectamente determinado, visible e identificable.

⁵ G. CANTOR, *Fundamentos para una teoría general de conjuntos. Escritos y correspondencia selecta*, (edición de J. Ferreirós), Crítica, Barcelona, 2006, p. 73.

⁶ Cfr. H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, Encuentro, Madrid, 2022, pp. 23-34.

Asomémonos ahora, como niños traviesos, inquietos y curiosos a ese misterio de hondura y profundidad que se anuncia detrás de todo aquello que siempre es más de lo que se ve.

Cojamos un guijarro y no resistamos la tentación de arrojarlo al interior del pozo. Al contrario, tiremos uno, otro y hasta un tercero. Y asombrémonos, como merece, del hecho sorprendente de no haber escuchado nunca el chapoteo de ninguna de las tres piedras contra el fondo.

Y es que sucede una cosa bien curiosa cuando miramos hacia nuestro interior. En lugar de encontrarnos con una oquedad pequeña, limitada y fácilmente cartografiada, nos descubrimos a nosotros mismos —como espeleólogos del espíritu— siendo verdaderos pozos sin fondo, como abismos habitados por un modo de infinito que conecta, en su diferencia, con el infinito absoluto de Dios.

Lo comprendieron muy bien Agustín de Hipona, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola. Lo supo también Jorge Luis Borges, cuando se asomó al abismo de la infinitud creada en *El alef*. Lo mismo que Leopardi, que en el poema *L'infinito* se sintió sobrecogido y transformado por la vivencia de la eternidad en el tiempo.

Y es que es precisamente aquí donde nos encontramos la cualidad más característica, más sorprendente y más fascinante de la vida humana: su *infinita finitud*. O su *transfinitud*, si preferimos llamarla así con Juan David García Bacca. Un perímetro circunscrito que contiene un abismo incircunscripto. Una curiosísima marisma salobre en la que se juntan y se entremezclan las aguas dulces de la finitud de la existencia con el salado mar abierto de una infinitud que también nos es igualmente propia.

De igual modo que la creatividad musical, con las limitadas teclas de un piano, logra, sin embargo, engendrar infinitas melodías, así también el limitado brocal de nuestro pozo puede albergar la hondura de un infinito caudal. El ser humano es esa imposible figura geométrica que se adivina tras la cuadratura de un círculo. Es la tensión constante entre el límite ya conquistado y su continua superación. Es perimetralmente finito, pero habitado por una verdadera infinitud actual.

Con las veintisiete letras del abecedario español pudo Cervantes escribir todo el Quijote y con las mismas letras se ha traducido íntegramente la

Biblia hebrea y griega a nuestro idioma. Es un número muy limitado de caracteres y, sin embargo, son capaces de contener el infinito. De hecho, la profundidad semántica y el potencial hermenéutico de ambos textos carece de límite, porque nada está más lleno de infinito que la finitud de nuestro *lógos*. Esta es la intuición de *El infinito en un junto* de Irene Vallejo.

Es mérito de Heráclito haber afirmado: «no conseguirás encontrar límites al alma por más que recorras todo camino, tan profundo *lógos* tiene»⁷. Y es que habita en cada ser humano un *lógos* infinito que, como las brasas bajo las cenizas, se reaviva fácilmente con la ayuda de un viento medianamente favorable.

Tenemos un ejemplo de avivamiento de ese *lógos* de infinitud en el renacer de los rescoldos que ha dejado tras de sí el trabajo de quema y demolición de la posmodernidad.

Una época como la nuestra, que ha celebrado con tambores y trompetas la nietzscheana muerte de Dios, la abolición del hombre, el final de los grandes relatos y la entronización del paradigma tecnocrático ha visto reavivarse, en las últimas décadas, un pequeño fuego que, con el inflamable combustible de la tecnología, no ha hecho más que crecer y aumentar.

El sueño del transhumanismo, el desarrollo exponencial de la IA e incluso la posibilidad de una inminente singularidad no se pueden comprender cabalmente si no es como profundas ironías de la historia intelectual de la humanidad más reciente.

La ínsula de la finitud, el islote del individualismo, el pequeño atolón de la vida absurda y agobiada, el reino del fragmento y la deconstrucción, ese limitado paraíso posmoderno que exaltaba la vida dionisiaca de fidelidad a la tierra y divinizaba el consumismo, esa diminuta mota de polvo estelar —rodeada por el océano cósmico del vacío y la nada— resulta que se ha quedado pequeña y se ha vuelto inhabitable para los nietos de la posmodernidad.

Tal vez no haya dioses, dicen los vástagos tecnológicos a sus progenitores posmodernos, tal vez la finitud lo sea todo y nada se pueda esperar de las promesas trascendentes de las religiones, pero nada nos va a impe-

⁷ Fr. 45 DK; Diógenes Laercio, IX, 7, p. 504.

dir que nosotros mismos trabajemos por conseguir nuestra propia divinización. Vosotros —hijos desencantados de la Ilustración— aún vivís bajo el imperio de la infelicidad, la enfermedad y la muerte. Nosotros —nativos digitales— hemos robado el fuego de los dioses y poseemos ya los instrumentos divinos para crearnos una vida realmente sobrenatural. Tenemos al alcance de la mano la ambrosía de una existencia completamente feliz, sin enfermedades ni envejecimiento. Una vida libre de la muerte gracias a la tecnología. Una verdadera vida inmortal en el interior del universo. Tal vez no sea posible en el planeta Tierra, habida cuenta de su progresivo e irreversible deterioro. Pero en algún otro sitio, antes o después, haremos posible la creación del nuevo olimpo con el que soñamos.

El transhumanismo y la fiebre actual provocada por la posibilidad de un crecimiento infinito de la inteligencia artificial ponen de manifiesto algo sumamente revelador: en la tierra quemada de la posmodernidad en la que habían sido incinerados todos los grandes relatos, ha brotado un brote verde con la misma savia que se creía completamente calcinada. Otra vez se vuelven a escuchar las voces de las preguntas metafísicas convertidas ahora en deseos encargados a la tecnología: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su felicidad? ¿Hacia dónde va? ¿A qué aspira? ¿Llegará algún día a convertirse en dios?

El transhumanismo demuestra en la práctica, con su sola emergencia, la imposibilidad de retener al ser humano en los límites marcados por el imperio de la finitud. Al dar al traste con las convenciones de la posmodernidad e interpretar el presente como un momento circunstancial de tránsito acelerado hacia la «poshumanidad» —otra impostura filosófica— el transhumanismo revela que, en sí mismo, el ser humano está grávido de infinitud, transido por un impulso de transformación que le lleva, tendencialmente, hacia la superación de todos los límites.

Es bien cierto que la trascendencia que propone la transformación tecnológica es meramente horizontal y queda remitida a la prolongación sin término de la vida terrena, pero el principio se mantiene.

Como una Torre de Babel tumbada que, en lugar de elevarse verticalmente hacia el cielo, intentase crecer sin límite en sentido horizontal a lo largo de toda la secuencialidad del tiempo, así, el transhumanismo es la opción que ha puesto en manos de la tecnología la satisfacción de

la sed de infinito absoluto que habita el ser humano. Es el modo con el que el deseo innato de felicidad y plenitud se reviste en el contexto de una sociedad occidental hondamente nihilista y altamente tecnocrática. Y, aunque confunda la vida eterna con una vida interminable, evidencia, sin embargo, que no es adecuado concebir la vida humana con el patrón de un segmento limitado por dos puntos completamente infranqueables. Estamos hechos para el infinito y, por más que se le ahogue y se le sepulte, el infinito —innato en todo ser humano— siempre vuelve a resurgir, como hace el ave fénix, de cualquiera de sus incineraciones.

Necesitamos urgentemente una *metafísica de la infinitud* que nos ayude a reconocer en los impulsos más profundos que animan el relato transhumanista un claro ejemplo de la verdad de su propia búsqueda, pues, aunque —como digo— la realización efectiva de sus promesas sea harto discutible, ¿quién puede hacer oídos sordos a los gritos que reclaman utopías de plenitud y felicidad y anhelos de divinización?

Es aquí donde creo que se ve muy bien esa cualidad tan característica, sorprendente y fascinante de la vida humana que antes mencionaba: su *infinitud finita*, su *transfinitud*, ya que somos, como un pozo, criaturas perimetralmente finitas, pero infinitas en la hondura de nuestro caudal de pensamientos, querencias y aspiraciones.

Anhelamos la satisfacción de nuestros deseos, pero, una vez conseguida nuestra meta, nos invade el tedio y surgen nuevos deseos. Nunca alcanzamos la paz definitiva. Nos conducimos en nuestra vida como hámsteres girando en la rueda de una jaula. Ya nos dijo Pascal que preferimos la caza antes que la presa y si nos dieran sin trabajo aquello por lo que corremos, lo despreciaríamos completamente. Y es que así somos: seres constantemente insatisfechos porque nada finito puede llenar el saco infinito en el que habita nuestro *lógos*.

Por eso se equivocan los transhumanistas cuando creen que una eventual automatización completa de nuestra vida nos franqueará las puertas de un Edén en el que ya no necesitaremos trabajar, ni esforzarnos, ni preocuparnos de otra cosa que no sea la gestión de nuestro abundantísimo tiempo libre. Viviremos, según ellos, con ayuda de innumerables mejoras tecnológicas, en el jardín de las delicias, en el paraíso, en la utopía de Jauja.

Olvidan que la vida humana y su tedio, junto con momentos de máxima dicha, también es fuente de infelicidad y que las mayores tasas de soledad, tristeza y suicidio se registran en algunos de los países más avanzados e industrializados. Por muy buenos que sean los avances tecnológicos que logremos alumbrar, otras formas de desdicha los acompañarán.

Sobre todo, en primer lugar, porque esos beatíficos beneficios nunca serán para todo el mundo, sino sólo para unos pocos, aunque esos pocos puedan parecer muchos. Como la luz eléctrica, la calefacción y el aire acondicionado que aún no han llegado con normalidad a la Cañada Real. Y, en segundo lugar, porque no hay satisfacción de una necesidad que no engendre otra nueva. Y otra y otra. Y así, *hasta el infinito y más allá*.

Y es que se percibe en nuestra vida esa fascinante dialéctica entre las realizaciones finitas de nuestra existencia y la naturaleza infinita de nuestro yo. Siempre anhelamos más de lo que conseguimos, porque ninguna meta ya realizada agota nuestro deseo de realización. Lo estudió muy bien Maurice Blondel y todos tenemos aquí el origen de nuestras alegrías y la fuente de todas nuestras tristezas.

De modo similar a los conjuntos infinitos de Georg Cantor, también nosotros estamos constituidos por elementos existenciales perfectamente determinados y definidos, pero habitan en una interioridad espiritual de infinitos significados y aperturas sin límite. Y es que, tras el brocal de nuestra vida, no bien nos asomamos al abismo de nuestro pozo interior, es bien sencillo percibir, como la luna se espeja en el agua, el reflejo, en nuestro infinito creado, del infinito absoluto de Dios. *Abysus abyssum invocat*.

Somos, pues, como pozos de infinitud, pendientes de que en algún momento nos advenga la muerte y nos ciegue definitivamente a todas las posibilidades que se nos ofrecen, mientras vivimos, en el ancho mundo del espacio y del tiempo.

¿Somos sólo finitud? No.

¿Somos sólo infinitud? Tampoco.

Somos la mezcla inexplicable de una *infinitud finita* que siempre anhela más de lo que ningún universo le puede ofrecer. Esto es lo que quiero decir cuando hablo del ser humano como de una criatura *transfinita*.

5. LA BALANZA INVERTIDA

Si pensamos a Dios con la analogía de un sol infinito y al ser humano y su mundo con la ayuda de un pozo sin fondo, ¿a qué podremos asemejar la esperanza de la vida eterna?

Siempre me ha impresionado el yo poético de Rosalía de Castro cuando llora la muerte de su hijo en el poema: *Era apacible el día*.

«Era apacible el día
Y templado el ambiente,
Y llovía, llovía
Callada y mansamente;
Y mientras silenciosa
Lloraba y yo gemía,
Mi niño, tierna rosa
Durmiendo se moría
[...]».

La poetisa, nacida en Santiago y enterrada en Padrón, pregunta:

«¿Qué andáis buscando en torno de las tumbas,
Torvo el mirar, nublado el pensamiento?

E insiste y profundiza:

«¿Es verdad que todo
Para siempre acabó ya?
No, no puede acabar lo que es eterno,
Ni puede tener fin la inmensidad.
[...]»

Algo ha quedado tuyo en mis entrañas
Que no morirá jamás,
Y que Dios, porque es justo y porque es bueno,
A desunir ya nunca volverá.
En el cielo, en la tierra, en lo insondable
Yo te hallaré y me hallarás.

No, no puede acabar lo que es eterno,
Ni puede tener fin la inmensidad»⁸.

Lo inmenso. Lo máximamente grande. Lo que no puede tener fin. Lo eterno. El infinito. Nuevamente el infinito, ahora bajo el ropaje del tiempo, la muerte y la eternidad.

En el frontispicio del libro *La balanza*, de nuestro compañero, Víctor Herrero, el autor cita una perla de Christian Bobin que, traducida, dice así: «yo escribo con una balanza diminuta como la que utilizan los joyeros. Sobre un plato deposito la sombra y sobre el otro la luz. Un gramo de luz contrarresta numerosos kilos de sombra»⁹.

Creo que no acertamos cuando nos figuramos la vida eterna en términos de una temporalidad interminable que sucedería a nuestra vida actual. Si la esperanza en la vida eterna consiste en nuestra incorporación a la propia eternidad de Dios, no podemos, entonces, pensarla como algo que comienza después de nuestra muerte. Como si ya aquí y ahora, todo nuestro tiempo de vida, y hasta este mismo instante, no estuviese siendo envuelto, sostenido y penetrado, en cada millonésima de segundo, por la propia eternidad de Dios. ¿Dónde podría, si no, descansar el tiempo?

Me parece más adecuado concebir la vida eterna como el trasfondo actual y verdadero de la vida temporal aquí presente. De modo que estemos ya viviendo la eternidad a cada instante y percibiendo su carácter inaprehensible e imperecedero, precisamente, en aquello que nunca se detiene y siempre se nos escapa en los momentos de mayor dicha y plenitud.

Estoy seguro de que todos hemos vivido, en algún momento de nuestra vida y cada uno a nuestro modo, algunos segundos de lucidez transcendente en los que, desde el hondón de nuestra alma, hemos dicho, siquiera para nuestros adentros: «que no acabe nunca este momento, que no se evaporen estos segundos, que la tierra deje de girar, que el sol

⁸ R. DE CASTRO, «En las orillas del Sar» en: *Obras completas*, v. II, Biblioteca Castro, Madrid, 1993, pp. 463-464.

⁹ V. HERRERO, *La balanza*, Libros Canto y Cuento, Jerez, 2023, p. 7.

se detenga y todo el universo suspenda la respiración, porque aquí me quedo, en esta soledad o con esta compañía, aquí me paro, no quiero irme de este lugar, ni que esta experiencia que ahora vivo se interrumpa nunca jamás».

Creo que desde aquí podemos comprender mucho mejor ese «hagamos tres tiendas» de Pedro en el monte de la transfiguración.

Y es que hay ciertos momentos en nuestra existencia que son como esos gramos de luz en la balanza de la vida que pesan infinitamente más que nuestros kilos de tedio, sombra y oscuridad. Dice nuevamente nuestro poeta franciscano, en un poema memorable: «La niña de unos seis años / que esta mañana he visto / columpiándose / feliz / —golondrinas sus pies surcando el aire— / pesa más en la balanza / de la vida / —sus veinte kilogramos en el viento— / que lo que harán hoy los líderes / del mundo»¹⁰.

A veces pienso en Frank Underwood. ¿Recuerdan ustedes al ambicioso y siniestro protagonista de *House of Cards*? Y me pregunto qué pesa más, ante Dios, en el resultado final de una existencia consagrada a la acumulación de dinero y al ejercicio del poder.

Me acuerdo de Alejandro Magno, de Julio César, de Marco Antonio o de Cleopatra, de Napoleón, de Silvio Berlusconi, de Kim Yong Un, de Vladimir Putin o de Donald Trump y me pregunto: ¿qué significa ser un gran hombre o una gran mujer a la luz de la historia de la humanidad y qué sentido podrá tener todo eso ante la balanza de luz y sombra con la que, tal vez, Dios mismo esté ya sopesando la densidad de los momentos que conforman aquí y ahora nuestra vida?

Cristo es siempre la clave definitiva. Y la posible configuración de nuestra existencia a la humanidad de Jesús de Nazaret es el criterio rector con el que, según parece, ha de medirse toda posible grandeza y toda eventual pequeñez. El sorprendente «venid a mí benditos de mi padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...» de Mt 25, se convierte en la imagen más elocuente, plástica y auténtica con la que podemos responder a la pregunta por la verdadera talla de nuestra vida ante la eternidad de Dios.

¹⁰ V. HERRERO, *La balanza*, Libros Canto y Cuento, Jerez, 2023, p. 75.

De igual manera que un poco de aire insuflado en el interior de esos globos con los que juegan los niños es capaz de dar cuerpo, volumen y forma expansiva a esa goma antes flácida e informe, así, el ejercicio de la caridad más insignificante y anónima, más callada e inapreciable, animada secretamente por el viento del Espíritu, tiene la capacidad de dilatar y hacer crecer nuestra figura existencial hasta aproximarnos, siquiera lejanamente, a la santidad del hijo de María.

Nadie conoce su verdadero peso ni su verdadera estatura ante Dios. Lo que sí sabemos es que la unidad de medida divina no parece coincidir con la nuestra. Lo sabemos por el Evangelio, porque nosotros, dejados a nuestra inercia, acostumbramos a medir y a pesar el tamaño de los egos en función de sus logros. Y con ese criterio nombramos calles, erigimos mausoleos, esculpimos estatuas y escribimos la historia. Probablemente también pensamos así en el éxito futuro de nuestros hijos y en el de nuestros alumnos.

Es probable, no obstante, que para Dios —cuya balanza sopesa cuidadosamente la luz más tenue e insignificante— sólo cuente lo que sucede en el lugar de la verdadera hondura: el pequeño reino de lo cotidiano, lo sencillo y lo ordinario. Ese reino en el que un pastor pierde una oveja, una mujer extravía una dracma o un padre sufre en silencio el desprecio y el abandono de un hijo derrochador y egoísta. Ese reino en el que la levadura fermenta la masa, la sal adereza y potencia los alimentos y la luz de una vela ilumina una estancia. Ese reino en el que hacemos la compra, hablamos con los vecinos y llevamos a los hijos al colegio. Ese reino en el que estudiamos, respondemos correos electrónicos, leemos libros, recibimos alumnos, preparamos clases y escribimos, cuando podemos.

Y pudiera ser que lo que ahí sucede tenga tal grado de reverberación cósmica que el eco de lo dicho, pensado, hecho u omitido dure por toda la eternidad. A veces me gusta pensar la vida temporal como un papel de calco en el que dibujamos trazos biográficos que traspasan y quedan fijados en el lienzo de la eternidad. Porque en Dios nada se pierde, nada cae en saco roto y en su memoria infinita habitan todos y cada uno de los microsegundos de la totalidad del universo. Porque lo que a uno de estos mis hermanos más pequeños le habéis hecho —sin saberlo, sin haberlo planeado de forma consciente y premeditada— a mí me lo hicisteis.

Gracias al universo literario creado por J. K. Rowling y, sobre todo a sus adaptaciones cinematográficas, sabemos que existe, al menos en Hogwarts, el maravilloso reloj del profesor Horace Slughorn. Y es que este elitista, timorato y algo extravagante profesor de pociones tiene en su amplio despacho un reloj cuya arena cae más deprisa o más despacio según sea la calidad de la conversación que se mantiene. ¿Y si tuviésemos aquí —como también en *El alef* de Borges— una ensoñación fabulosa para imaginar cómo conciliar tiempo y eternidad en el más allá de la vida eterna?

¿Se imaginan ustedes que, después de haber vivido la vida temporal, nos podamos redescubrir en la vida eterna y participar —aunque sólo sea como oyentes— de los diálogos de todos aquellos de cuyas palabras nos hemos nutrido en esta vida? ¿Y si fuesen las palabras —también las que se dicen con el silencio de las obras— el verdadero alimento del *lógos encarnado* que somos y no fuese la eternidad sino la nueva oportunidad de seguir creciendo —como aquel niño que se extravía en el Templo— en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y los hombres por siempre jamás?

Imagínense que nos fuera dado sentarnos a los pies de Jesús de Nazaret y decirle, por ejemplo, que desarrolle un poco más las bienaventuranzas, que son muy cortas. O que nos narre una nueva parábola nunca antes contada a nadie. O que nos diga qué hizo durante todos los años de la vida oculta. Es probable que la arena de la parte superior del reloj de Slughorn quedase suspendida en el aire en espera de repuesta e incluso que, oyendo las explicaciones, las historias y los cuentos de Jesús, se negase en redondo a caer, dilatando sin término esos instantes de dicha infinita.

La vida eterna bien pudiera ser el revés ya presente de la vida temporal que disfrutamos. Y lo que aquí y ahora consideramos muy importante y muy alto puede ser allí insignificante y muy bajo y lo que —como el oro— tiene hoy mucho valor y mucho peso, puede ser allá una realidad ridícula y denostada. Ojalá que en la balanza con la que Dios estime el peso y la densidad de nuestra vida algunos gramos de luz —por tenues y vacilantes que sean— contrarresten innumerables toneladas de sombra. Y ojalá, como dijo Rosalía, que no acabe lo que es eterno ni pueda tener fin la inmensidad.

6. PALABRAS FINALES

Hemos imaginado a Dios como un sol infinito de amor incondicional. Hemos asemejado al ser humano y a su mundo a un pozo sin fondo, pero con un brocal bien definido. Hemos soñado la vida eterna, ahora y tras la muerte, como el trasfondo invertido de la vida temporal que nos ha sido dada.

Hemos intentado, en definitiva, utilizar símbolos, evocar experiencias, usar imágenes sencillas y elementales para no guardar silencio —como Tomás de Aquino en sus años finales de vida— ante el misterio absoluto de Dios. No temamos servirnos de nuestra imaginación y de las representaciones que, en búsqueda de la mayor coherencia y por precarias que sean, nos parezcan más sugerentes y significativas. Ya nos enseñó Hilario de Poitiers que «no hay comparación posible de las cosas terrenas con Dios, pero la debilidad de nuestra inteligencia obliga a buscar algunas imágenes de las cosas inferiores que puedan servirnos de indicio de lo que son las cosas superiores, de modo que con el estímulo de las cosas que por costumbre nos son familiares podamos ser llevados, a partir de la experiencia de nuestro pensamiento, a la idea de aquello que no acostumbramos a experimentar»¹¹. Con la misma intuición en su trasfondo, puntualiza J. Trouillard que «los símbolos más desemejantes son los mejores porque no corren el riesgo de detener en ellos mismos el impulso del alma»¹².

De hecho, sólo Dios sabe lo cerca o lo distantes que nos encontramos de la verdad. Sólo Él conoce si estamos creciendo en niñez, inocencia y capacidad de asombro o si, por el contrario, decrecemos en realidad con el paso de los años.

Sea como fuere, les recuerdo, ya para acabar, que las tres peticiones del cardenal de Madrid iban dirigidas a toda nuestra comunidad universitaria. Nadie puede pretender responderlas por sí sólo. El desafío es enorme y no está en mi ánimo agotarlo. Tan sólo he querido contribuir modestamente a su recuerdo y actualización, a fin de que no caigan en el olvido y todos las sigamos contando entre nuestras tareas pendientes.

¹¹ H. DE POITIERS, *La Trinidad*, BAC, Madrid, 1986, p. 50.

¹² Citado en H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, Encuentro, Madrid, 2022.

Por eso me ha parecido oportuno reflexionar, siquiera brevemente, sobre *el valor infinito de las palabras* que nos estimulan a un ejercicio riguroso del pensamiento. Y es que siempre, querámoslo o no, estamos trabajando con el lenguaje. En la universidad y fuera de ella. Tratamos con el reto de la significación como materia prima de nuestro trabajo ordinario. Y ahí se encuentra el desafío de la apertura sin límite de todas nuestras palabras ante el misterio inefable de Dios.

Por eso debemos *evitar también la polarización*. Porque atrofia la razón, exagera los sentimientos y nos obliga a sacrificar los numerosos matices de una realidad infinitamente compleja. La polarización nos fuerza a pensar con límites estrictos y con contraposiciones maniqueas. Adocena nuestro espíritu y anestesia nuestra capacidad de reflexión y trascendencia. Manoel de Barros, poeta brasileño, hablando de la pintura, nos hace saber que «la expresión recta no sueña». Y nos insta a no usar «el trazo acostumbrado». Nos dice que «la fuerza de un artista viene de sus derrotas» y que «el ojo ve, el recuerdo revé y la imaginación transvé». Por eso, sentencia: «es preciso transver el mundo»¹³. La polarización nubla nuestra mirada y nos impide «transver» la realidad que nos rodea.

Por eso es necesario que busquemos, entre todos, *un nuevo lenguaje para hablar de Dios*. Porque el imaginario cristiano es deudor, en gran medida, de un mundo que ya no existe. Y el mundo en el que estamos necesita redescubrir el fundamento incondicional, infinito y eterno del que procede y hacia el que se dirige. Necesita redescubrir el sol que lo calienta y lo ilumina. Por ello no debemos frecuentar el trazo acostumbrado. Necesitamos adentrarnos por nuevos senderos que tal vez contengan curvas sinuosas o cambios de rasante. Porque la línea recta no sueña ni es capaz de «transver» el universo que infinitamente la supera e infinitamente la circunda.

Estoy seguro de que, entre todos, con esfuerzo compartido y trabajo en común, podremos ir tejiendo una reflexión a la altura de la gravedad de los problemas que el cardenal de Madrid nos ha planteado.

¹³ Citado en C. M. ANTUNES, *Oh noite que guieste! Da inospitalidade ao encontro*, Paulinas, Prior Velho, 2023, p. 29.

Les invito, cordialmente, a que cada uno contribuya, en la medida de sus posibilidades, en la docencia, en la investigación, en la preparación de las clases, en la confección de artículos y en la gestación de libros y conferencias, a avanzar por el camino que don José Cobo nos ha propuesto.

Acompañado se camina siempre mejor que solo. Porque esto es, en último término, la universidad: la comunidad de quienes conjuntamente buscan y caminan tras el bien, la belleza y la verdad y no paran de hablar de ello. De lo que viven, de lo que estudian, de lo que aprenden. Si lo he entendido bien, es a esta búsqueda compartida a lo que nos invita el cardenal.

Muchas gracias por su atención y feliz curso que hoy comienza.

